

A photograph of a grey tabby cat sitting on a dark, tiled roof. In the background, there are several houses with white walls and dark roofs, each with a window. The scene is captured in a slightly desaturated, vintage style.

LOLA MARINÉ

Gatos ^{por}
los
tejados

RELATOS

GATOS POR LOS TEJADOS

(Relatos)

Lola Mariné

Dedicado a *Lluna* y *Jimmy*,
mis compañeros de piso,
que tuvieron la gentileza de posar para
la portada.

INDICE

Gatos por los tejados (prólogo)

Lejos de casa

A las once y media

El abuelo

Nacional 152

Adicción

Café Paradís

Cuando ella baila

Una misteriosa dama

El ascensor

El candidato

Rita y Bruce

Cosas de chiquillos

Año 2118: Un día cualquiera

Homenaje a Hitchcock

De la muerte y el deseo

Soliloquio suburbano

Pies, pies, pies

Un perro gigante de peluche

Un mal día

Perseverancia

Un aroma familiar, antiguo

Gatos por los tejados

(Prólogo)

El escritor, la escritora, como gatos por los tejados observan el devenir de la vida a su alrededor desde la distancia, aparentemente impasibles; pero en algún momento, una palabra, un gesto, una mirada, empiezan a configurar en su mente una historia y no podrán recobrar el sosiego hasta que se sienten a escribirla.

Este libro obedece al deseo de reunir, en un solo volumen, los relatos publicados en los últimos años en edición impresa en distintas antologías y revistas, y también en sitios de Internet incluido mi propio blog de donde toma el título.

Son 21 relatos de temática variada entre los que encontraréis relatos intimistas, eróticos, ciencia ficción, denuncia social e incluso juveniles y humorísticos.

Es un libro para leer *a la carta*, a ratos perdidos. Para degustarlo a pequeños bocados eligiendo lo que más os apetezca en cada momento.

(Blog de la autora: <http://gatosporlostejados.blogspot.com>)

Lejos de casa

El sol del medio día caía de lleno sobre el puerto de Barcelona. El calor era aplastante. Pegada la espalda a la dura piedra, protegido tras la proverbial sombra del monumento, me inventé un frescor que no existía. Levanté los ojos al cielo; la estatua de Colón se recortaba silueteada bajo el inmenso azul. El brazo extendido del descubridor señalaba a mi país (creo), a las Américas. Ojalá pudiera trepar hasta su altura y, posado en su hombro (disculpe, Almirante), extender unas alas enormes y volar sobre el mar hasta plantarme en Corrientes; escuchar en la calle la dulce cantinela de mi amado acento porteño, bailar un tango con la primera muchacha que me cruzase por la vereda y entrar a un boliche, y entre copa y copa, contarle mis cuitas a quien quisiera oírmelas...

Palmeé el trasero del león de piedra que reposaba a mi lado y salté al suelo.

Me pegué a la espalda de una turista colorada y regordeta, recorrí unos metros tras ella convertido en su espejo (retrovisor). La gente reía, ella se volvió y yo disimulé silbando «La cumpartisa» al tiempo que, mirando a otro lado, tamborileaba con el pie sobre la acera. En su cara de sandía se dibujó una sonrisa, su cuerpo se agitaba como una coctelera al ritmo acompasado de la sonora carcajada que le salió de muy adentro, como de una caja de resonancia.

Le di un beso en la mejilla y me lancé en pos del apresurado caballero que pasaba ante nosotros ajeno al bullicio callejero, concentrado en la discusión que mantenía a través de su teléfono móvil; parecía enojado. Me convertí en su sombra con tal eficacia que me contagié su estrés. Mejor lo cambiaba por la linda mamá que cruzaba Las Ramblas abroncando a su hijito.

Me mimeticé con ella con acierto, a juzgar por las caras divertidas y cómplices que observaba a mi alrededor; pero el chaval me descubrió y, asustado, estalló en un desmedido llanto. La madre se detuvo y sus ojos me taladraron, plantada con firmeza sobre los altos tacones que magnificaban sus largas y bronceadas piernas parecía una diosa dispuesta a lanzar una terrible maldición sobre éste humilde mortal, pero, finalmente, optó por hacer algo mucho más terrenal: me arreó un bolsazo. «¡Idiota!», me gritó. Y se alejó, indignada, arrastrando tras de sí al ruidoso monstruito.

Las risas ahogaban el ruido del tráfico y yo exageré un gesto de dolor.

Llamó mi atención un hombre sombrío de lento caminar; me amoldé a su paso y adopté su postura: dirigí la mirada al suelo y metí mis manos en los invisibles bolsillos de mi pantalón. Las risas lo alertaron y de pronto se volvió, su cara iracunda enfrentó la mía y

apenas tuve tiempo de asustarme ante el destello de ira que cruzó su mirada antes de que su puño se estrellara contra mi rostro. Todo se fundió en negro, la ciudad daba vueltas en torno a mí; los árboles, los edificios, los autos... La gente, que me contemplaba jocosa momentos antes, me observaba ahora alarmada, y giraba y giraba sin parar, y yo me sentía arrojado al centro de un endiablado carrusel. El Almirante seguía señalando a mi país, pero el cielo que lo rodeaba, tan plácido e impoluto, se había convertido en una gigantesca centrifugadora azul. Cerré los ojos y fue peor: círculos concéntricos rotaban al son de una marcha wagneriana, y yo tenía la certeza, de que en la apoteosis final, mi cabeza estallaría en mil pedazos y mis sesos se esparcirían por toda la plazoleta.

Se inclinaban sobre mí dos policías; busqué al león con la mirada y lo descubrí duplicado, vacilante a la vista, desafiante. «¡Traidor!», le grité sin palabras, «¿dónde está el sombrero con mis ganancias?», él me contemplaba impertérrito; «tan arrogante y altanero y ni un rugido de aviso», le reproché, apenado.

El sol, implacable, derretía el blanco maquillaje de mi cara, y mi negra figura de manos enguantadas resultaba patética, absurda, tendida en la acera. ¡Ay...! ¡Qué duro es ser mimo para un ingeniero! ¡Y tan lejos de casa...!

(Publicado en el libro colectivo «Tiempo de Recreo», 2008)

A las once y media

Se asomó a la ventana, y como cada noche, él apareció puntual, recortada su silueta bajo la difusa luz de la farola; se detuvo ante el semáforo en rojo y encendió un cigarrillo antes de cruzar. Ella cerró los ojos por unos momentos, hasta que el timbre de la puerta rompió el silencio expectante y acudió presurosa, se atusó el cabello y echó una última ojeada ante el espejo de la entrada a su silueta apenas cubierta por un ligero «picardías». Se irguió, tomó una profunda bocanada de aire y abrió resuelta. Él sonreía apoyado en el quicio de la puerta, y sus dientes blancos y perfectos resaltaban en la oscuridad, su mirada recorrió lentamente el cuerpo de la mujer y ella se ruborizó como una niña; la besó largamente, ella se estremeció cuando la boca del joven se deslizó por su cuello, él la tomó entre sus brazos y ella entrelazó los suyos en torno a su robusto cuello y se dejó llevar hasta el dormitorio.

Sobre la colcha inmaculada del ajuar elaborado por su madre tantos años atrás y nunca compartido, ella recorrió con su boca el cuerpo musculoso y firme, con avidez, saboreando golosa cada centímetro de su piel, y él le correspondió cubriéndola de caricias, transportándola al más bello paraíso imaginable, inundándola con su vigor juvenil. Ella sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes y estallaba en mil partículas de placer que se esparcieron por todo su cuerpo dejándola jadeante y exhausta.

Cuando recobró el aliento se cubrió con la colcha y sonrió, «hasta mañana, mi amor», susurró.

Y se durmió aguardando la noche siguiente, cuando, a eso de las once y media, vería salir de nuevo al guapo camarero del bar de la esquina que, como cada noche, encendería un cigarrillo bajo la luz de la farola y se encaminaría hacia el metro con paso indolente, sin saberse el amante secreto de la encantadora señora que tomaba café en su bar cada mañana.

(Publicado en el libro colectivo «Tiempo de Recreo», 2008)

El abuelo

El abuelo tenía noventa y seis años, yo, catorce. Hasta dónde puedo recordar, siempre lo vi postrado en una silla de ruedas o tendido sobre su cama; un saco de huesos dentro de un pijama de rayas; un muñeco de trapo inerte, humillado, ausente; esperando, siempre esperando....

Toda la familia se sentía orgullosa de su longevidad, parecía asunto de honor que llegara a los cien, como si de batir un récord se tratara. Todos menos él, y yo; a mí me daba pena. Adivinaba el hastío en sus ojillos ausentes, me dolía el sinsentido de su prolongada existencia. La vida lo había premiado con muchos años, pero se cobraba un alto precio en su cuerpo marchito, maltrecho, pero no así en su mente. El abuelo, a su pesar, conservaba toda su lucidez, su memoria intacta. A veces, en sus días buenos, contaba anécdotas de su infancia o su juventud y recordaba el más pequeño detalle: cómo acudía al trabajo a diario en aquellos viejos tranvías con asientos de madera que recorrían la ciudad con su característico traqueteo y el sonido inconfundible de su campana cuando el Paseo de Gracia era un descampado por el que cruzaban los rebaños de ovejas acompañadas por su pastor. Y entonces sonreía, y cuando lo hacía, su sonrisa iluminaba toda la habitación. Pero de pronto se ensombrecía, su boca se torcía en un gesto cansado y decía que quería morir, que estaba harto. Todos le conminaban a callar: «¡no digas tonterías, abuelo!». Y él callaba, se encogía en su silla y se tragaba su tristeza. Yo lo observaba con congoja, sentía su impotencia, la inutilidad de su dolor.

Uno de aquellos días malos en los que permanecía en cama mirando al techo durante horas mientras todos estábamos en la sala, escuché unos sonidos extraños al pasar ante la puerta de su habitación, me asomé y descubrí alarmado que respiraba con dificultad. El abuelo se ahogaba. Quise correr a avisar a alguien, pero él me detuvo con un gesto al tiempo que me indicaba que me acercase; me aproximé a su lecho y asió mi mano con firmeza en tanto negaba con la cabeza. Me angustiaba el sonido que salía de su garganta, como de animal herido, yo quería pedir ayuda, pero su mano huesuda aferraba la mía y leí en sus ojos, vidriosos y tristes, una muda súplica. Entonces, comprendí.

Me quedé junto a él, con su mirada clavada en la mía, cada vez más lejana, cada vez más ausente, hasta que dejó de hacer ruidos y la presión de su mano cedió. Sus párpados se entornaron, y me pareció que una leve sonrisa se dibujaba en sus labios. Entonces separé mi mano de la suya y volví al salón con paso lento. Me senté con los demás y no dije nada.

El abuelo descansaba y yo no quería que nadie lo molestase.

(Publicado en el libro colectivo «Tiempo de Recreo», 2008)

Nacional 152

Hace una tarde maravillosa, el sol tibio del otoño me reconforta mientras me dejo acariciar por la voz de Prince: «*Could you be de most beautiful girl in the world...*». Apenas hay coches por la carretera, conduzco despacio, disfrutando de este momento de paz. Lamento haber dejado a Jaime disgustado, cuando llegue a casa lo llamaré. Hemos compartido un fin de semana muy agradable, pero al final, durante la comida, ha tenido que volver a sacar el tema de siempre, y yo, mis argumentos de costumbre: «que Héctor está en una edad muy difícil, que no quiero perturbar su rutina, que temo que se vaya de casa antes de tiempo porque se sienta incómodo, invadido...». No tenía ganas de discutir. Después de comer me he despedido con el pretexto de acabar algún trabajo para mañana y me he ido precipitadamente.

Sé que Héctor aprecia a Jaime, dice que es un buen tío, pero no sé cómo llevaría que Jaime viviera con nosotros, hace mucho tiempo que estamos los dos solos y nos sentimos muy bien así... De acuerdo, de acuerdo, quizá mi hijo es solo una excusa, quizá soy yo quien tiene miedo de dar ese paso, pero ¿por qué hay que hacerlo?, estamos bien, pasamos mucho tiempo juntos: los fines de semana, las vacaciones, hablamos a diario.... «*Could you be de most beautiful girl in the world.... beautiful.... beautiful.... beautiful...*». Vaya, parece que el CD se ha atascado...

Miro el aparato un instante, desconecto y vuelvo a conectar... el coche da un bandazo, se golpea con algo, ¡me he salido de la carretera!, giro el volante instintivamente haciendo fuerza con todo mi cuerpo, quiero volver a la calzada, pero el coche se golpea contra los arbustos, contra las piedras del camino, esto no puede estar ocurriendo, ¡no quiero que ocurra! ¡Si apenas me he distraído unos segundos! ¡Dios! ¡Que pare! ¡Que pare ya, por favor! El coche da tumbos, se golpea una y otra vez, el ruido es ensordecedor, aterrador, ruido de chatarra, de cristales rotos, vuelca, se endereza, rueda dando vueltas sin parar, cuesta abajo, cada vez con más fuerza, cada vez a mayor velocidad, cielo, tierra, cielo, tierra...el cielo y la tierra se suceden vertiginosamente ante mis ojos horrorizados, me siento zarandeada, prisionera, indefensa, el coche sigue dando vueltas y sigue cayendo, cae, cae, cae...

Ha parado. Por fin ha parado. Todo es silencio a mi alrededor por unos instantes. Trato de tranquilizarme. Noto el brillo de la luz del sol sobre mis ojos cerrados, ¿los tengo cerrados? Intento abrirlos pero no puedo. Tengo frío... Oigo voces angustiadas, lejanas:

-¡Cielo santo...! ¡Que alguien llame a una ambulancia, deprisa!... ¡Iba delante de mí, y de repente, se ha salido de la carretera!... Voy a bajar...

-¡Ten cuidado, Manuel!»...)

¿Dónde están? No los veo... Están arriba, me llegan sus voces por encima de mi cabeza, pero no los veo, ¿Cuántos metros habré rodado? ¿Estoy boca arriba o boca abajo? No puedo orientarme. Alguien se acerca corriendo, oigo un crujir de ramas, guijarros que ruedan, pasos rápidos y pesados sobre las hojas secas, jadeos, una voz a mi lado.

-¡Es una mujer!- grita un hombre junto a mí- Oiga, ¿Puede oírme?- agrega, bajando la voz.

-¿Hay alguien más?- pregunta alguien desde arriba.

-¡No! ¡Parece que iba sola!

A lo lejos, el ulular de una sirena cada vez más cercano. ¿Qué hora será? He perdido la noción del tiempo. Tendría que llamar a Héctor, se preocupará si llega a casa y no me encuentra, ¿dónde está mi móvil? Intento incorporarme para coger mi bolso pero no puedo moverme, no siento mi cuerpo, todo está oscuro.

-¡Aquí! ¡Dense prisa, por favor!-vuelve a gritar el hombre.

Más pasos precipitados, más crujir de ramas y hojas pisoteadas. Se hace el silencio. Luego, es otro hombre el que dice:

-Está muerta.

¿Muerta? ¿Se refieren a mí? ¡Eh, oigan! ¡Se equivocan! ¡No estoy muerta! ¡Les oigo! Ni siquiera me he roto nada, no siento ningún dolor, no siento nada... Trato de hablar pero no me sale la voz. ¡Ya está! Es una pesadilla. Una de esas horribles pesadillas en las que estás en peligro y quieres gritar pero no puedes. Ahora me despertaré... Tengo que llamar a mi madre, hace días que no hablo con ella... Héctor, cariño, no te preocupes, todo irá bien... El sol otra vez... Su luz es muy fuerte, brillante, pero fría; me envuelve, me eleva, me siento ligera, feliz... Ellos siguen ahí abajo, en torno al amasijo de hierros que fue mi coche, y mi cuerpo permanece en su interior, inmóvil, sin alma...

(Publicado en el libro colectivo «Tiempo de Recreo», 2008)

Adicción

A mi madre, como a cualquier madre de una adolescente, le preocupaba todo el asunto ese de las drogas, el sexo y el alcohol. Y de repente, sus temores parecían verse confirmados: yo, que siempre había sido una chica alegre y comunicativa, desde hacía algún tiempo me mostraba distante, pensativa, apenas hablaba; pasaba horas enteras encerrada en mi cuarto y solamente salía de él para comer y asistir a mis clases. Tenía todos los síntomas. Ella me miraba inquisitiva, me taladraba a preguntas, me vigilaba a hurtadillas...

Todo fue culpa de mi amigo Javi. A mí nunca me había interesado aquello, pero él insistió tanto... Me sentí atrapada desde el principio, no podía dejarlo, necesitaba llegar hasta el final, saber qué ocurriría después. Le robaba horas al sueño, a Internet, a mis amigos, era capaz de sacrificar cualquier cosa antes que abandonar aquel vicio.

Tras la primera vez vino otra, y otra, y otra... se convirtió en una obsesión. Yo trataba de resistirme, de distraerme pensando en otra cosa, pero al final siempre volvía a caer. Cuando conseguía material nuevo, acariciaba el envoltorio antes de abrirlo, me dejaba embriagar por aquel olor característico, inconfundible; después, me entregaba dócilmente, dispuesta a sumergirme en un mundo fantástico...

Un día ocurrió lo inevitable. La puerta de mi cuarto se abrió de golpe y allí estaban todos: mi madre, mi padre y mis dos hermanos -estos últimos con una maligna sonrisa pintada en los labios-: me habían pillado *in fraganti*. Los temores de mi madre se veían confirmados: su hija era una adicta.

Podría haber inventado una excusa, justificarme de alguna manera, pero habría sido inútil, entre mis manos estaba el cuerpo del delito para desmentirme: un libro.

No he logrado superar mi adicción, sé que no lo conseguiré jamás, pero he de confesar que tampoco me importa.

(Publicado en la revista *Montcada Mirame*, 2008)

Café Paradís

Cada día se apostaba a las puertas del *Paradís*. Tuvo que pelear duro para hacerse con aquel rincón, pero ahora todos sabían que era suyo y lo respetaban. No existía otro sitio en la ciudad que se le pudiera comparar; desde allí observaba las entradas y salidas de los clientes, saludaba -en su mente-, a los habituales, y se imaginaba que intercambiaba con ellos algunas frases corteses.

A veces, se veía a sí mismo sentado a una mesa charlando sobre literatura o actualidad. Como hacía antaño, cuando era un ciudadano respetable y el limpiabotas le abría la puerta y le lustraba los zapatos mientras le contaba viejas anécdotas mil veces repetidas.

Durante años tuvo reservada la mejor mesa: un velador junto a la vidriera modernista flanqueada por dos bellas ninfas talladas en madera.

Pero un mal día, su suerte se torció.

El local no había cambiado en todos aquellos años. Conservaba su aire decadente; las lámparas de cristal, las mesas de mármol, los espejos en las paredes, y aquellas columnas de hierro forjado que sostenían un techo ricamente ornamentado.

Cuando la puerta se abría le llegaba el aroma del café y el olor a canela y vainilla de los deliciosos pastelillos que se seguían sirviendo. Era como estar en casa. Aunque ahora, él se quedaba en la puerta con la cabeza humillada y la mano extendida.

Conocía de vista a varios de los clientes más asiduos; algunos, le arrojaban unas monedas al entrar o al salir, otros, lo miraban con desprecio, y aún otros lo ignoraban, como si fuera invisible. Muchos de ellos apenas serían unos niños cuando él frecuentaba el local.

Había un caballero que acudía cada tarde al *Paradís* y siempre le ofrecía unas monedas acompañadas de un amable saludo y una sonrisa. Una tarde gélida de invierno se detuvo ante él y lo miró inquisitivo.

—¿Por qué no entra a tomar un café caliente?- dijo. Ante el gesto confuso del mendigo lo tomó del brazo y añadió: —¡Vamos!

El limpiabotas le abrió la puerta y lo saludó, ceremonioso y sonriente, y el viejo camarero de siempre se aprestó a acompañarlos hasta su mesa, junto al ventanal, y no tardó en regresar con unos humeantes tazones de café con leche y unas pastas de vainilla espolvoreadas con canela.

El mendigo cerró los ojos y sonrió al tiempo que aspiraba aquel delicioso aroma.

¡Por fin estaba en el *Paraíso!*

(Publicado en la revista Montcada Mirame, 2008)

Cuando ella baila

Ella es menuda, algo rolliza, quizá poco agraciada, pero cuando bailaba se transforma: el mundo se desvanece a su alrededor y ella resplandece como una estrella en la inmensa negrura del universo.

Entró en mi estudio en un mal día. Había pasado la noche en vela tratando de terminar un cuadro que debía entregar al día siguiente y no acababa de satisfacerme.

— ¡Oh! ¡Disculpe, señor!—gritó, algo azorada, por encima de la música.

Aquel día, Wagner prestaba alas a mi frustración a un volumen considerable y no la oí llegar —Venía a limpiar...pero si está ocupado volveré más tarde.

—No se preocupe —respondí— puede pasar. Yo me voy enseguida.

Se dirigió con presteza a la cocina y yo decidí salir a dar un paseo, no valía la pena continuar.

Cambié la música; Albinoni me sosegaría el ánimo. Me concentré en limpiar los pinceles y me olvidé de la muchacha. Cuando me dirigía a la puerta la vi en mi dormitorio y me quedé atónito: ¡estaba bailando! Sus manos dibujaban caricias en el aire, y sus brazos semejaban estilizadas colas de cometa... tenía los ojos cerrados y su cuerpo, poseído por el «Adagio», parecía elevarse sobre las puntas de sus pies con la liviandad de una libélula.

Me acerqué al caballete y empecé a pintar febrilmente.

Desde entonces, se convirtió en mi musa. No pintaba su cuerpo, ni su rostro; pintaba su interior, la magia que de ella emanaba cuando bailaba, pintaba su amor por la música, el éxtasis, la felicidad inaprensible que irradiaba su mirada...

La música se abre paso en la oscuridad de la sala y ella emerge luminosa, baila ante cada cuadro y le da vida con su luz; el público contiene la respiración, y prorrumpe en aplausos cuando ella, tras descubrir el último lienzo, huye presurosa como una gacela asustada.

La exposición es un éxito; pero a mí poco me importa. Hace mucho tiempo que solo pinto para poder contemplarla, cuando ella baila.

(Cedido al libro «Atmósferas» para la fundación Vicente Ferrer, 2009)

Una misteriosa dama

El timbre del teléfono me sobresaltó. No estaba acostumbrado a oírlo en el minúsculo habitáculo que tenía por despacho; de hecho, solía levantar el auricular de tanto en tanto para comprobar si funcionaba. Solté de inmediato el periódico que tenía en las manos y carraspeé antes de responder.

—Investigaciones Puigbó ¿dígame? —respondí tratando de contener mi excitación y dar a mi voz un tono aburridamente profesional.

—¿El señor Puigbó? —preguntó una voz femenina, tras vacilar unos segundos.

—Yo mismo. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá. Quisiera encargarle una investigación...

—¿De qué se trata?

—De un asesinato —respondió.

Me erguí en el asiento y volví a carraspear en un intento de ganar tiempo mientras trataba de pensar con rapidez.

—¿No debería acudir a la policía? —dije sin demasiado entusiasmo, a sabiendas de que si la desconocida aceptaba mi sugerencia me quedaría sin caso.

—No —respondió sin vacilar—. Todavía no se ha cometido el crimen.

—¿Podría explicarse mejor? —pregunté temiéndome lo peor.

—Sólo puedo decirle que la víctima... soy yo —dijo con voz serena.

— ¡Vaya! ¡Menos mal! —bromeé—. Por un momento temí que fuese usted la asesina...

Se produjo un embarazoso silencio y me arrepentí de inmediato de mi propia estupidez. Pensé que colgaría, pero no lo hizo. Suspiré resignado. ¡Otra loca...!, me dije, los pirados y los cornudos eran los únicos que marcaban mi número de teléfono. ¡Lástima! Aquella mujer tenía una voz misteriosa, sensual... y yo llevaba meses sin trabajar en ningún caso. Empezaba a pensar que tal vez mi madre tuviese razón: «Has visto demasiadas películas», decía, «prepara unas oposiciones y déjate de bobadas». Pero yo siempre había soñado con ser detective.

—Discúlpeme, señora —acerté a decir—. Continúe, por favor.

—Es inevitable —dijo al fin—. Lo único que me importa es que el asesino no salga

impune.

—Pero señora, yo...

—Si le parece bien —me cortó— esta misma tarde le enviaré un mensajero con un cheque y las instrucciones precisas.

La palabra «cheque» actuó como un resorte en mi cerebro que me impulsó a ponerme en pie y carraspear de nuevo (aquello empezaba a parecer un tic).

—Como usted desee, señora. ¿Me permite preguntarle quien le ha hablado de mí?

—Las páginas amarillas —respondió tajante, y añadió—: Cuando todo haya terminado recibirá otro cheque.

Colgó antes de que pudiera responder. Ni siquiera me había dicho su nombre. Suspiré y encendí un cigarrillo. Bueno, probablemente no volvería a saber de ella, me decía a mí mismo, cuando tras la primera y ansiosa calada me acometió un ataque de tos de tal magnitud que me vi obligado a aplastar el pitillo contra el cenicero con fastidio, ante el inminente peligro de morir asfixiado.

Aquella tarde, sin embargo, un mensajero llamó a mi puerta.

Lo primero que hice al día siguiente fue ir al banco. No es que estuviera ansioso por cobrar, sólo quería asegurarme de que todo aquello no había sido más que una broma y olvidar el asunto. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando la cajera empezó a contar billetes y a alargármelos, era como si hubiera acertado un pleno en la mejor apuesta de mi vida. Así que, siguiendo las instrucciones de la misteriosa dama en las que me daba su dirección y hacía una breve descripción de sí misma, me aposté frente a la puerta de su casa y esperé.

Cuando la vi aparecer me quedé sin aliento. Vestía un elegante sastre negro combinado con un sombrero que cubría parte de su rostro, y, pese a que el día era gris y amenazaba lluvia, ocultaba sus ojos tras unas enormes gafas oscuras; la única nota de color la ponía el rabioso carmín de sus labios. La seguí, tal como ella me había indicado, sin tomar demasiadas precauciones; sabía que ella querría comprobar que le seguía los pasos como me había reiterado en su nota. Y, en efecto, de vez en cuando giraba levemente la cabeza por encima de su hombro y yo me sentía azorado como un colegial, clavando la mirada, pertinaz, en sus vertiginosos tacones.

Entró en un banco, después en un par de tiendas de las que salió sin ningún paquete, y más tarde, se sentó en una cafetería junto a un gran ventanal, encendió un cigarrillo y estuvo hablando por su teléfono móvil unos minutos; parecía discutir con alguien. Después colgó y se quedó allí largo rato, fumando impasible, sin tocar la consumición que había pedido, sin mirar a su alrededor, pero plenamente consciente de que era observada. Juraría que disfrutaba de aquel momento, que actuaba para mí. Por fin, dejó unas monedas sobre la mesa y regresó a su domicilio.

Cuando entró en el edificio puso especial cuidado en que la puerta no se cerrara tras ella; la seguí hasta su piso y me agazapé en la escalera. La tarde se alargó terriblemente mientras yo me debatía entre el sueño, el hambre y la curiosidad por saber qué estaría haciendo ella. Entretuve la espera en un duermevela mientras mil fantasías (no del todo confesables) desfilaban por mi mente hasta que el sonido del telefonillo me despabiló. Oí el zumbido del ascensor y apenas tuve tiempo de distinguir la figura del hombre que entró en el apartamento. Me acerqué a la puerta y pude escuchar sus voces contenidas. De pronto, sonó un disparo. Me lancé sobre la puerta con la intención de derribarla (siempre había deseado hacer aquello), pero un dolor insoportable en el hombro me paralizó. Entonces, la puerta se abrió y el hombre apareció ante mí, pálido, con el rostro desencajado y un revolver en la mano.

—¡Suelte el arma! —grité sacando mi pistola.

—Yo... —balbuceaba el individuo, al tiempo que el revólver caía a sus pies— ella... se ha disparado ella misma...

—Eso tendrá que explicárselo a la policía —dije, empujándolo de nuevo al interior del apartamento sin dejar de apuntarle.

La mujer, embutida en un largo camisón de raso, yacía inmóvil sobre la moqueta mientras sus rubios cabellos se teñían con la sangre que brotaba de su sien.

Llamé a la policía.

Ya en mi oficina, las desesperadas declaraciones de aquel pobre diablo todavía martilleaban mi cerebro: «Ella me llamó pidiéndome que viniera, me amenazó con suicidarse si no lo hacía... Si, fuimos amantes, pero yo había decidido romper con ella y volver con mi mujer... Cuando llegué parecía tranquila... de pronto sacó la pistola, creí que iba a dispararme, pero en lugar de eso se apuntó a sí misma... quise detenerla, logré arrebatarse el arma, entonces ella cogió mi mano y apretó el gatillo... Se lo juro, agente ¡yo no la maté! ¡Me tendió una trampa la muy...!»

Al día siguiente recibí otro cheque junto con una nota: «Gracias por su ayuda. Ya tiene a su asesino; ahora, haga que pague su crimen».

Entonces me vino a la mente aquella desconcertante sonrisa de triunfo en los labios inertes de la mujer. Ahora lo comprendía todo: ella decidió poner fin a su vida, pero antes, elaboró un plan maquiavélico para convertir la de su amante en un infierno. Y, de alguna manera, también la mía, ya que yo era el único que conocía la verdad...

En todo caso, razoné, la policía me citaría como testigo, no como investigador; yo sólo tenía que declarar lo que había visto. Si a alguien le debía un detallado informe de mi investigación era a mi cliente, y, lamentablemente, había fallecido...

Decidí entonces que había llegado el momento de atender a los sabios consejos de mi madre y replantearme mi futuro, muy lejos de aquella ciudad de locos.

(Publicado en el libro colectivo «Dejad que os cuente algo», 2009)

El ascensor

Pulsó el botón de bajada con rabia. La jefa de mantenimiento la tenía tomada con ella. No había día que pudiera salir a su hora; en el último momento siempre surgía alguna urgencia: «Adelaida, antes de irse suba a la planta veintisiete y dele una pasadita a los despachos, que mañana hay una reunión muy importante». ¡Una pasadita a los despachos! ¡Como si fuese cosa de unos minutos! Pero ¿qué podía hacer ella? Sólo callarse y aguantar. No estaba en situación de plantarle cara a nadie, ¡gracias tenía que dar de haber conseguido aquel trabajo!

Y encima, el maldito ascensor parándose en todas las plantas. No le gustaba estar en las oficinas cuando empezaban a llegar los empleados, la miraban con condescendencia, con desprecio. Siempre había alguna secretaria que le hacía vaciar un cenicero en el que humeaba una colilla manchada de carmín que ella misma acabada de tirar, o una papelera con un solitario papel, aún tembloroso, arrugado en el fondo. Sólo para humillarla, para dejar clara su posición de superioridad.

Estaba cansada y de mal humor, se sentía sucia después de todo el día trabajando. Lo único que deseaba en aquel momento era salir del edificio cuanto antes y refugiarse en su pequeña habitación, darse una buena ducha y descansar. ¡Maldito ascensor...! ¡Por fin! La campanilla de aviso anunció su llegada y el indicador luminoso señaló la planta veintisiete. Antes de que las puertas de acero se abrieran tuvo tiempo de ver su reflejo en ellas y le disgustó el aspecto enmarañado de sus cabellos. Pero lo peor aún estaba por llegar: dentro del ascensor estaba él, Gonzalo, el hijo del director general.

Adelaida dudó un instante, sin decidirse a entrar, tenía que haber utilizado el montacargas, pero estaban descargando material y ella tenía prisa por marcharse. Gonzalo le lanzó una rápida ojeada que la recorrió de arriba abajo, después, desvió la mirada con un mal contenido gesto de fastidio

-¿Piensa entrar o no?- preguntó.

Ella musitó una disculpa ininteligible y entró encogida, con la cabeza gacha; se dirigió al rincón más alejado de él y se ovilló allí, como si quisiera desaparecer, fundirse con el ángulo que formaban las paredes del habitáculo.

En la planta veintiséis el ascensor se detuvo de nuevo y entraron un hombre y una mujer que saludaron a Gonzalo con familiaridad e intercambiaron con él algunas frases triviales. Eso, a Adelaida le dio un respiro; le permitió observar a Gonzalo discretamente, posar la mirada en su nuca bronceada por el sol invernal de alguna elitista estación de esquí,

detenerse en sus anchos hombros y recorrer su espalda a placer, contemplar sus cuidadas manos y demorarse en cada uno de sus largos dedos como si los acariciara, cerrar los ojos e inhalar su masculina fragancia...

En la planta vigésima la pareja se despidió de Gonzalo y volvieron a quedarse solos. Estaba segura de que él había olvidado por completo su presencia y no se atrevía ni a respirar. Entonces el ascensor dio una brusca sacudida y se detuvo entre dos pisos.

-¿Y ahora qué pasa?- exclamó Gonzalo, mientras pulsaba con insistencia el botón de la planta baja sin que la máquina respondiera.

Seguidamente, con creciente nerviosismo, pulso el timbre de alarma. Adelaida no se movió, no sabía qué hacer ni qué decir hasta que Gonzalo empezó a golpear las puertas con violencia y a gritar pidiendo socorro, al borde de la histeria.

-No se preocupe -se atrevió a decir con timidez- este ascensor falla a veces, enseguida volverá a ponerse en marcha.

Gonzalo se volvió hacia ella y le lanzó una mirada cargada de rencor, como si la joven tuviera la culpa de lo que ocurría, se aflojó la corbata y trató de componer un gesto digno en tanto se dirigía al fondo de la caja metálica con paso vacilante y respirando con dificultad. Pegó las manos y la espalda contra la pared y miró angustiado hacía arriba buscando alguna salida, algún resquicio por el que poder escapar: no había ninguno, el techo se ajustaba a las paredes de la cabina como una pesada losa.

Su frente se había perlado de sudor y estaba alarmantemente pálido, tanto, que Adelaida temió que fuera a desmayarse.

-Será mejor que se siente -sugirió, aproximándose a él y empujándolo del brazo hacia el suelo.

Gonzalo se desasíó bruscamente y la miró como si estuviera loca: «¿su traje de Armani por los suelos?». Pero una nueva sacudida que hizo descender el ascensor unos centímetros más, transformó su protesta en un grito de pavor y se aferró con tal fuerza a Adelaida que la arrastró al suelo consigo.

-Tranquilo... tranquilo, no pasa nada...-musitó la muchacha, tratando de mantener la calma, pese a que ella también empezaba a estar asustada.

Gonzalo intentó sonreír para restar importancia a su cobarde reacción, pero el pánico que reflejaban sus ojos convirtió su gesto en una mueca grotesca.

-Padezco claustrofobia -confesó-, me aterrorizan los ascensores...

Ella compuso una tímida sonrisa para tranquilizarle.

-No se preocupe -repitió, mientras en un impulso inconsciente le secaba la frente con su raído foulard.

Él, en lugar de rechazarla, sonrió agradecido.

De pronto, acucillado en aquel rincón, sin soltar el brazo de la muchacha, parecía un niño indefenso, y a Adelaida le pareció más guapo que nunca, tanto, que tuvo que reprimir sus deseos de besarle.

Entonces, el ascensor emitió un extraño sonido, un escalofriante lamento que los dejó paralizados a los dos, antes de desprenderse de su última y precaria sujeción y precipitarse al vacío en una alocada carrera hacia el fin...

Tras el aterrador estrépito que produjo el impacto contra el fondo, Adelaida todavía tuvo fuerzas para mirar a Gonzalo y sonreír, apoyada su cabeza sobre el pecho de su amado, antes de abandonarse a su abrazo para siempre.

(Publicado en el libro colectivo «Dejad que os cuente algo», 2009)

El candidato

Cuando oyó proclamar su nombre subió al estrado con decisión entre los aplausos y vítores del gentío. Plantado ante los micrófonos, como si de una estrella de cine se tratara, saludó a la multitud allí congregada para escucharle. Poco a poco, los aplausos y las voces se fueron apagando y por la explanada se extendió un expectante y espeso silencio; entonces, una oleada de terror golpeó las sienes del candidato: no sabía qué debía decir, se había quedado en blanco.

Contempló a la muchedumbre a sus pies, convertida en móviles puntos multicolores, y le vino a la mente su cuarto de baño, cubierto de diminutos azulejos, que él mismo había ido colocando con paciencia mientras gestaba la idea de presentarse a las elecciones.

Las cosas habían ido bien; por alguna razón misteriosa la gente lo apoyaba y le seguía con una entrega que rayaba la veneración...

No podía distinguirlos, pero sabía que, en aquel preciso instante, miles de ojos se hallaban clavados en su persona.

-¡No me dais miedo!-gritó de pronto-¡Tengo poderes! ¡Os aniquilaré a todos, malditos bastardos!

La multitud, enmudecida y paralizada por la sorpresa, lo contemplaba con incredulidad, sin que un solo gesto, ni el menor sonido, rompieran la uniforme diversidad de aquella masa compacta y variopinta a la vez. Solo las delirantes palabras del candidato reverberaban y se amplificaban hasta el infinito en un eco interminable.

Su esposa y dos de sus colaboradores se apresuraron a llevárselo de la tribuna mientras el candidato, entre carcajadas dementes, profería gruesos insultos dirigidos al público.

-Estaba segura de que la enfermedad rebrotaría en el momento menos oportuno -se lamentaba la mujer -, el psiquiatra ya me lo había advertido. Una cosa era que hubiese encontrado un entretenimiento que lo distrajera, pero esto...

En la explanada, el silencio era atronador.

(Publicado en el libro colectivo «Dejad que os cuente algo», 2009)

Rita y Bruce

Se conocieron en un parque, una calurosa tarde de verano. Cuando Bruce la descubrió se quedó boquiabierto: era preciosa, su pelo rojizo fulguraba al sol y se la veía alegre y pizpireta.

Se aproximó a ella con decisión, y Rita, cuando lo vio, ladeó la cabeza en un coqueto gesto de desdén y se alejó orgullosa, sólo porque se sentía un poco cohibida, ya que lo cierto era que Bruce la había impresionado; era muy guapo, fuerte y robusto, y tenía una mirada muy bondadosa.

De pronto, el cielo se oscureció y empezó a llover con violencia. Bruce le indicó a Rita que lo siguiera y ambos se pusieron a cubierto. La tormenta apenas duró unos minutos, pero durante aquellos breves instantes en los que, en la íntima estrechez de aquel refugio, sus cuerpos se rozaron y sus alientos se confundieron en el aire, ambos comprendieron que estaban hechos el uno para el otro.

Poco tiempo después compartían sus vidas en una tranquila casa de campo en la que se sentían muy dichosos. Pasaban los inviernos al amor de la lumbre y durante los veranos disfrutaban de la naturaleza y del aire puro.

Pero un mal día Rita desapareció. Bruce la buscó ansioso por todas partes, y cuando por fin comprendió que se había marchado para siempre, que ya no volvería a verla, cayó en un estado de profundo abatimiento.

Algunos meses después, paseando una mañana por el mismo parque en el que la vio por primera vez, la descubrió a lo lejos y quiso correr hacia ella. Pero su amo tiró con fuerza de su correa y sólo pudo ladrar con desesperación; Rita también lanzaba lastimeros aullidos mientras su dueña la reprendía y la sujetaba con firmeza.

Todo el amor y la ternura que había en los ojos de los dos animales, era resentimiento y odio en la mirada desafiante que se lanzaron sus amos.

Después, tiraron de ellos en direcciones opuestas, y en el parque, sólo quedó el eco triste de los gemidos de su cercenado amor.

(Relato publicado en «Tardes del Laberinto», 2011)

Cosas de chiquillos

Por los pasillos del instituto no se hablaba de otra cosa: se estaba preparando una gran fiesta de Halloween, y Pedro, cabizbajo e invisible como un patético fantasma, se deslizaba entre sus compañeros recogiendo con envidia retazos de conversación. ¡Nada desearía más que asistir a aquella fiesta! Pero no lo habían invitado. Sólo se acordaban de él para hacerle blanco de sus bromas, para burlarse de sus gafas de culo de vaso, de su leve cojera, de aquel tartamudeo incontrolable que lo dominaba cuando tenía que hablar.

—Pedro— dijo de pronto Samuel, el gallito de la clase— ¿Quieres venir a la fiesta?

Los ojos de Pedro se abrieron como platos tras los gruesos cristales de sus gafas, ¡no lo podía creer!

—Ss... sí... cla... clar... claro. Gra... gracias —respondió lo más rápido que pudo.

La excitación le impidió pegar ojo en toda la noche, y la tarde siguiente, pasó dos horas rondando impaciente la casa de Samuel, aguardando el momento de poder llamar a su puerta. Sabía que no se libraría de alguna broma pesada, pero no le importaba, la daría por bien empleada si podía participar de la fiesta, ser uno más entre sus compañeros.

Sin embargo, la noche transcurrió sin contratiempos. Pedro acabó solo en un rincón con una copa tras otra en la mano sin que nadie le prestara atención, observando cómo sus compañeros bailaban y se divertían. Tal vez fuera mejor así, se decía, al menos, le habían permitido estar allí.

Cuando la fiesta ya declinaba Samuel tuvo una idea que todos acogieron con entusiasmo:

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta por el cementerio? Es el día de los muertos. ¡Tenemos que celebrarlo con ellos!

Pedro dudó, pero no podía rajarse ahora...

Armados con las botellas que quedaban y presos de una creciente excitación, provocada por el alcohol y un inconfesable temor, asaltaron los muros del camposanto, y, pese a los vapores etílicos que nublaban su mente, Pedro presintió que su momento de protagonismo había llegado.

Descubrieron entre las tumbas una fosa vacía y decidieron que sería divertido que alguno de ellos se metiera allí y se hiciera el muerto. Pedro fue el elegido. Él se prestó resignado y trató de contener su risa nerviosa para desempeñar mejor su papel; entonces alguien sugirió que había que tapar la tumba para «velar al difunto» en condiciones; Pedro no tuvo

tiempo de protestar, la oscuridad dominó el reducido espacio y las risas del exterior ahogaron sus súplicas. Pedro sentía que le faltaba el aire y el pánico se apoderaba de él.

— ¡Ya...ya está bien! —gritó, golpeando la dura piedra— ¡Sacadme de aquí! ¡Esto no...no tiene gra...gracia...!

No obtuvo respuesta. Siguió golpeando y gritando mientras trataba de empujar la pesada losa sin lograr moverla un sólo milímetro; lloraba, gritaba, suplicaba, pateaba... todo en vano; no llegaba a vislumbrar el ansiado resquicio de luz que anunciara el final de la macabra broma.

Las voces y las risas se atenuaron hasta hacerse inaudibles y a Pedro le invadió una oleada de terror ¡No podían dejarlo allí!

Golpeó el granito hasta dañarse las manos, empujó con desespero hasta quedarse sin fuerzas, gritó hasta perder la voz, respiró hasta que se le acabó el aire...

Los chicos declararon a la policía, consternados, que no hubo premeditación. A Samuel le daba pena aquel pobre chaval del que todos se burlaban, y en un impulso, decidió invitarlo. Habían bebido mucho aquella noche, alegaron, y, simplemente, se olvidaron de él.

(Publicado en el libro colectivo «Tardes del Laberinto», 2011)

Año 2218: Un día cualquiera

—Buenos días, Charlie —susurra la voz cálida y melodiosa de Silka, un bello holograma de exóticos y delicados rasgos que Charlie eligió por catálogo —, es hora de levantarse. Tienes el café listo en la cocina. Te dejo con tu música favorita.

—Gracias, Silka —Charlie se despereza antes de saltar de la cama y dirigirse al cuarto de baño.

En la cocina le esperan una taza de humeante café y unas tostadas recién hechas. Aún soñoliento, enciende el monitor y hojea los periódicos del día mientras da buena cuenta de su desayuno.

—Tienes una reunión en la oficina a las diez —lo interrumpe Silka desde la pantalla—. Y recuerda llamar a tu madre, hoy es su cumpleaños: ciento siete, no lo olvides. ¡Ah! También hay que hacer el pedido del supermercado.

—De acuerdo —dice Charlie—. Me voy al gimnasio.

Entra en una sala diáfana equipada con diversos aparatos gimnásticos y una gran pantalla que se ilumina en cuanto él atraviesa el umbral.

—¡Buenos días, Charlie! —Su fornido entrenador, un robot perfectamente proporcionado y de aspecto saludable, lo recibe con entusiasmo— ¡Vamos a empezar con nuestros ejercicios para hoy!

Charlie sigue sus instrucciones durante tres cuartos de hora, después se ducha, y tras hacer una visita virtual al supermercado para encargarse de la compra semanal, pulsa en su ordenador el sitio correspondiente a su oficina y se sumerge en una ajetreada jornada de trabajo.

A media mañana, Silka le recuerda su cita con Selma, su prometida.

Las cosas no están muy bien entre ellos últimamente; Charlie desea formar una familia, pero Selma vive en las antípodas y está demasiado inmersa en su carrera.

A la hora convenida conecta con ella para almorzar juntos en su restaurante favorito. Sendos monitores los sitúa frente a frente como si compartieran la misma mesa, los electrodomésticos inteligentes de los que ambos disponen les sirven sus platos favoritos.

—De acuerdo, querido —concede Selma ante la insistencia de Charlie—. Si tanto lo deseas, concertaremos una cita con la consulta del doctor Renart y solicitaremos un embrión. ¿Cómo te gustaría que fuera? ¿Quieres niño o niña?

—Pero Selma, a mí lo que de verdad me gustaría es que viviéramos los tres juntos...

—Cariño, no seas anticuado. Ya nadie vive de esa manera —protesta ella.

El androide asistente de Selma los interrumpe: ella tiene una importante reunión dentro de unos minutos. Tendrán que dejar aquella conversación para otro momento.

Charlie vuelve a su trabajo un tanto apesadumbrado.

Al caer la tarde, conecta con la casa de su madre justo a tiempo para cantarle el cumpleaños feliz junto con el resto de la familia, que también se encuentra conectada, tal como habían acordado previamente. La fiesta se prolonga hasta altas horas de la madrugada; cuando Charlie se despide, todos están enfrascados en una animada discusión sobre El Pasado.

Agotado tras otra dura jornada, apaga el ordenador y se acerca al enorme ventanal de cristales dobles con cierre de seguridad -los suicidios se han multiplicado en los últimos años-. Ante él se extiende un mar inmenso y oscuro. Dicen que antiguamente había que atravesar media ciudad para llegar a la playa y que la gente se tumbaba durante horas bajo el sol, ¡que locos! El sol es letal, tanto, que está prohibido por decreto salir a la calle durante el día; sólo los equipos de emergencia pueden hacerlo, protegidos con un equipo especial.

Al parecer, en épocas pasadas, había hielo en los Polos que se fue derritiendo a causa del calentamiento del planeta, y como consecuencia de ello, el nivel de las aguas subió de tal manera que muchos países quedaron sepultados bajo el mar. De hecho, algunas agencias de viajes ofertan exóticas excursiones a antiguas ciudades sumergidas.

Charlie suspira; ni siquiera recuerda cuanto tiempo lleva sin salir de su apartamento, sin escuchar una voz humana que no esté filtrada a través de un ordenador, sin sentir el calor, el contacto de otra piel, el olor de un ser vivo... Tal vez sus mayores tengan razón y la vida en el pasado fuese más placentera.

(Publicado en la Web El Recreo, 2007)

Homenaje a Hitchcock

Llegó a casa agotada, se deshizo de los zapatos de camino a su habitación y se tiró sobre la cama, derrotada. Había sido un duro día de trabajo; y encima aquel calor asfixiante, pegajoso... miró el reloj, tenía tiempo de darse una refrescante ducha antes de cenar, se merecía aquella pequeña recompensa. Tomó aire para coger fuerzas antes de decidirse a incorporarse y se desnudó con rapidez, deseando desprenderse de aquellas ropas húmedas y calientes que se adherían a su cuerpo.

Se encaminó desnuda al salón y puso un CD en el equipo de música, la voz desgarrada de Michael Bolton, recreando con maestría «*When a man loves a Woman*», actuó como un bálsamo sobre su cansado cerebro, y todos los números, estadísticas y presupuestos se volatilizaron al instante. Se sirvió un whisky con mucho hielo y con él en la mano se dirigió al cuarto de baño; abrió el grifo y comprobó la temperatura del agua, pero cuando iba a meterse bajo el chorro recordó algo y volvió a salir para asegurarse de que había cerrado la puerta del piso con llave. Sonrió para sí, era una pequeña manía, su marido solía burlarse de ella por cerrar con llave para ducharse cuando se encontraba sola en casa; pero no podía evitarlo, así se sentía más segura. Siempre le venía a la cabeza aquella película de Alfred Hitchcock que vio de niña y que la impresionó tanto: «*Psicosis*», se titulaba. La escena de la ducha estaba grabada en su mente a fuego: aquella pobre chica desnuda e indefensa... el brazo del asesino con aquel enorme cuchillo... la sangre tiñendo de rojo el agua a sus pies... Tomó un trago de whisky y dejó que la lluvia templada resbalara por todo su cuerpo, se aplicó el gel de baño con calma, disfrutando de aquel momento de relax, si fuera por ella no saldría nunca de allí... Entonces Michael Bolton enmudeció; ella aguzó el oído, todavía no podía haber llegado a la última canción.

-Cariño, ¿eres tú?-, gritó, pero nadie respondió.

La puerta del baño se abrió lentamente y vislumbró una sombra tras la cortina de la ducha; distinguió un brazo amenazador que se levantaba en el aire al tiempo que un alarido aterrador estremecía las paredes de la estancia. Ella también gritó, gritó con todas sus fuerzas, y de pronto, se desplomó.

-Cariño...-, dijo su marido, asustado, apartando la cortina-, Soy yo, solo quería gastarte una broma...

Pero ella permanecía inmóvil, inerte, sin vida...

-Un ataque fulminante al corazón-dijeron los del SAMUR.

Él, en estado de shock, no acertaba a comprender lo ocurrido y solo era capaz de repetir

una y otra vez:

-Era una broma, solo quería gastarle una broma...

(Publicado en la Web El Recreo.com, 2006)

De la muerte y el deseo

Un puente solitario en la oscuridad de la noche. Ella se aboca a la barandilla y escruta la negrura del fondo; el rumor de las aguas parece llamarla: «ven, ven...», «yo te acogeré en mi seno», «yo curaré tus heridas...». Ella se encarama con decisión, dispuesta a saltar y dejarse mecer... descansar para siempre... Pero en el último instante, unas férreas manos atenazan su cintura; ni siquiera protesta, ni tan solo se gira.

Los fuertes brazos la izan y la depositan de nuevo sobre la madera del puente, pero no la abandonan; una de aquellas manos acaricia lentamente sus cabellos, enjuga las lágrimas que anegan sus mejillas, se desliza por su cuello; la otra, la sujeta tiernamente por la cintura. Ella siente el cuerpo protector pegado al suyo, inmóvil, silencioso... no sabe cuánto tiempo pasan así, sin hablar, sin moverse; tal vez segundos, minutos, horas... después, el calor de su aliento en su nuca, el contacto de unos labios carnosos rozando su garganta. Las manos extrañas acarician sus pechos, los cobijan amorosas, se deslizan por su vientre, se introducen como arañas por debajo de su falda y trepan por sus muslos hasta alcanzar la frágil y última frontera que protege el íntimo reducto de su feminidad; los ávidos dedos apartan la fina tela y se empapan con su deseo. Ella se inclina dócil, sobre la barandilla del puente, obedeciendo a la leve presión sobre su espalda que le ordena doblegarse, quebrar la cintura, y aguarda sumisa y ansiosa. Él la toma con delicadeza, la posee con suavidad, sus dos cuerpos se funden en uno... El murmullo del río ahoga los dolorosos gemidos de un placer insoportable, los jadeos enredados de los dos desconocidos.

Más tarde, la quietud y el silencio.

El cuerpo de él se separa del de ella, sus manos son remisas a dejarla, se demoran en su cara, en su boca, en sus cabellos... Sin embargo, al final la abandonan, escucha el sonido de sus pasos sobre la madera del puente, se aleja... Ella no cede a la tentación de volverse, no quiere ver su rostro. Durante mucho tiempo permanecerá allí quieta, la mirada perdida en la oscuridad de las aguas, en los destellos de plata que coronan su agitado movimiento, escuchando su arrullo, su atrayente canción... Después se irá. Con el cuerpo aún ardiente, envuelta en un halo de irrealidad, parece flotar, se diría que sus pies no tocan el suelo...

Volverá cada noche, pero él no vendrá. Entonces comprende: no es allí donde él la aguarda, sino abajo, en el fondo del río: «Ven, ven...», le escucha decir, «yo te acogeré en mi seno», «yo curaré tus heridas...».

Se encarama a la barandilla, y salta.

(Publicado en la Web El Recreo, 2007)

Soliloquio suburbano

Una sacudida del vagón casi hizo perder el equilibrio a Marcela que vio de refilón a una mujer junto a ella.

—Perdone señora, ¿la he pisao? Es que estos conductores no sé en qué andan pensando. Claro, to'l día vía p'arriba vía p'abajo, se tienen que aburrir, los pobres. Si lo mismo le pasaba a mi Paco, que en gloria esté... trabajaba de vigilante en una fábrica ¿sabe, usté? y lo único que tenía que hacer era sentarse en la garita y vigilar quién entraba y quién salía, ¡ni al baño podía ir sin pedir permiso! Y lo pasaba mu malamente, el pobre. Ya me dirá usté: allí sentao to'l día sin hacer ná; le entraba una modorra, que se las veía y se las deseaba p'aguantar despierto. ¡Ay, mi Paco! ¡Qué sola me dejó...! Un cáncer me lo llevó. Pa la Purísima hará diez años. Si ya se lo decía yo: «Paco, que el tabaco te va a matar», pero él, como si oyera llover, oiga. Pa mí la pena más grande fue que no llegara a conocer a su nieto; de ocho meses estaba la Mari, ya ve usté por qué poquito... También ha tenío mala suerte, la pobre: se casó con un sinvergüenza que le dio mu mala vida y la dejó plantá con el crío recién parío y una mano delante y otra detrás, y yo no la iba a dejar tirá ¿me comprende? asín que nos tuvimos que apañar los tres con la pensión que m'había quedao de mi Paco, que ya se puede usté imaginar la miseria que era... Ahora, también le digo una cosa: que mejor ha sio asín; aquel pájaro no era trigo limpio, ya se lo decíamos a la niña mi Paco y yo, pero claro, cuando una está enamorá no tiene ojos ni oídos pa ná más ¿verdá, usté? Si es que la vida es mu dura pa tós... Ya ve, ahora que empezábamos a levantar cabeza resulta que me viene a mi lo mío: azúcar, m'han encontrao, y colesteró de ese, y no sé cuantas cosas más que no sé ni pronunciá. Ahora mismamente vengo del médico que m'ha mandao unos análisis. Ya ve usté, yo que he estao siempre más sana que una manzana; media vida m'he tirao en el campo de sol a sol y ni un costipao que me he cogido. Pero ya se sabe, los años no perdonan, y que he llevao una vida mu achuchá, oiga. Bueno, que yo ya me bajo. Encantada de haber echao este ratito con usté, señora; si no fuera por estos momentos, ¿verdá? A ver si nos encontramos otro día. ¡Ea! Que usté lo pase bien, con Dio, señora.

Y Marcela bajó del vagón llevándose consigo su reflejo en la ventana, con el que, sin advertirlo, había estado conversando durante todo el trayecto.

(Concurso de Relatos Cortos TMB, 2009)

Pies, pies, pies

Mario Valdivia era un escritor de éxito. La vida empezó a sonreírle en el mismo instante en que decidió participar en un taller de escritura creativa que llevaba el elocuente título de «*Cómo escribir un best seller*». Siempre le gustó escribir, y desde muy niño oyó decir a sus mayores, con asombro, que tenía una imaginación desbordante. De hecho, lo había demostrado en multitud de ocasiones a lo largo de su vida lanzándose a la aventura de emprender diversos y extravagantes negocios que, dicho sea de paso, jamás llegaron a buen puerto. Tal vez en la literatura estuviese su futuro ¿por qué no?

Mario se puso a la tarea con entusiasmo. No se perdió ni una sola de las clases y tomaba nota con afán de todo cuanto explicaba el tutor.

Una vez finalizado el curso y con toda esa preciosa información meticulosamente archivada, se entregó en cuerpo y alma a su proyecto. Pergeñó una novela rocambolesca sin olvidar ninguno de los ingredientes necesarios para obtener un éxito seguro, según le habían enseñado durante el taller: un asesinato, un investigador intelectual y recién divorciado con cara de pocos amigos, y una chica guapa; eso sí, inteligente y de fuerte carácter para que no se le echaran encima las feministas. ¡Ah! Y por descontado, un misterioso manuscrito.

Se encerró en su casa durante semanas, desconectó el teléfono e hizo caso omiso a las insistentes llamadas al timbre de su puerta (probablemente era Verónica. Ya iba siendo hora de que olvidase su dirección). Teclaba febrilmente de la mañana a la noche para no perder el hilo y que no se le escapara ninguna de las geniales ideas que se agolpaban en su mente, tomándose apenas un breve descanso para comer algo, fumar un cigarrillo o premiarse con un whisky al atardecer.

Algún tiempo después —ni él mismo podría precisar cuánto—, Mario salió de su casa una mañana, pletórico de satisfacción, para imprimir su manuscrito de quinientos folios y, ni corto ni perezoso, se dispuso a encontrar un editor que se lo publicara.

La inquebrantable autoconfianza de Mario tuvo pronta recompensa, y no hubo de aguardar mucho tiempo para recibir la llamada de una editora que se interesaba por su obra y deseaba hablar con él personalmente. No le sorprendió. Sabía que había escrito una magnífica novela. Cuando se encontraron, la mujer se mostró entusiasmada; Mario, además de haber escrito una novela fabulosa, tenía un plus a su favor, según observó la sagaz editora: era joven y atractivo. Conseguiría hacerse fácilmente con una legión de entusiastas seguidoras.

—Las cosas como son —argumentaba, la dama—, esto es un negocio, y en la época en la que vivimos vende más un escritor guapo que un señor bajito y feo con gafas de culo de vaso.

Mario, complacido, no tuvo nada que alegar.

Algunos meses más tarde la novela de Mario Valdivia llenaba los escaparates de las librerías de todo el país y se vendía como rosquillas, y Mario se había convertido en una estrella mediática tal y como pronosticó su avispada editora. El escritor entró en una vorágine promocional donde se sucedían presentaciones, entrevistas, apariciones en televisión, tertulias, conferencias, invitaciones a todo tipo de eventos, y una vida íntima con una agenda repleta de citas, y una cama en la que las mujeres se sucedían unas a otras sin darle tiempo apenas a preguntarles sus nombres.

Mario pensó que aquello de ser escritor no estaba nada mal y se entregó sin reservas a aquella vida de desenfreno pseudointelectual. Entonces su editora lo llamó al orden y le dijo que ya iba siendo hora de ir pensando en escribir un nuevo manuscrito. No había que perder aquel tren, estaba en su momento álgido y tenía que aprovecharlo, le advirtió. Mario se dio de bruces con la cruda realidad: ¿escribir otra novela? Creía que con su primera hazaña podría vivir de las rentas el resto de su vida. Su editora lo desengañó:

—La gente olvida pronto— sentenció, especialmente cuando vienen otros detrás, pisando fuerte.

Mario suspiró resignado y pensó que el único modo de poder cumplir con aquella engorrosa misión sería alejándose de todo. Tomó un tren y se trasladó a una pequeña capital de provincias donde no lo tentarían las distracciones mundanas y nadie lo reconocería.

Se equivocaba en el último punto; su fama había llegado a todos los rincones del país, y también en aquella remota y tranquila ciudad era reconocido y admirado. Sin embargo, aquellas gentes sencillas le mostraban su devoción de un modo tan respetuoso y templado que en lugar de incomodarse se sintió halagado y se dijo a sí mismo que no podía defraudarles; al fin y al cabo, tenía que reconocer que lo había pasado bien mientras escribía su primera novela, inventando personajes y situaciones, como un pequeño dios, manejándolo todo a su antojo. Así pues, enardecido nuevamente de entusiasmo, se dispuso a emprender su nueva obra.

Todas las mañanas acudía a desayunar a un café cercano a su domicilio armado con su ordenador portátil. De ese modo, ahuyentaba la temible sombra de la soledad que se cierne amenazadora sobre todo escritor, de la fácil tentación de transgredir esa obligación diaria, autoimpuesta, de llenar varios folios cada día; de ese modo, le ahorraría a su editora algunas sesiones de terapia, a causa del estrés, al que era tan propensa.

Le agradaba empezar su trabajo en aquel café. Se sentaba siempre en el mismo rincón, junto a la ventana, y observaba a la gente que pasaba por la calle mientras apuraba su

desayuno y abría el ordenador. Para Mario, era como acudir a la oficina cada día y sentirse supervisado por una multitud de ojos que le impedían dejarse vencer por la pereza, por la desidia. Más tarde, metido ya en materia, se apoderaba de él la urgente necesidad de regresar a su apartamento para seguir trabajando, ya sin distracciones, antes de que las musas lo abandonaran.

Una mañana, en plena efervescencia creadora, levantó la vista por un instante buscando en el aire una palabra que no encontraba. Entonces los vio: unos pies femeninos jugueteaban inquietos con sus zapatos de charol rojo por debajo de una mesa. Alzó la vista instintivamente buscando el rostro de su propietaria, pero varias mesas ocupadas por otros clientes interceptaban su visión y no alcanzaba a ver su cara; sólo sus pies, que lo tenían subyugado con sus movimientos, que parecían danzar para él como si se supieran observados, coqueteando con descaro, entrando y saliendo de su prisión de charol como si jugaran al escondite. El pie izquierdo abría y cerraba los dedos reiteradamente, los estiraba, los encogía, después era el pie derecho el que repetía la misma operación, ambos se entrecruzaban al unísono, por delante y por detrás, en una perfecta coreografía, y volvían a su posición inicial como si bailaran al son de una música inaudible; y de tanto en tanto, detenían sus graciosas evoluciones para reposar unos instantes sobre su rojo habitáculo.

Pensó que a la mujer debían molestarle los zapatos y encontraba alivio en aquellos discretos movimientos. No era de extrañar: los tacones eran de vértigo. Tenía que ser una mujer hermosa. Sólo una mujer hermosa, consciente de su belleza, se atrevería a ponerse un calzado como aquel. Sería de estatura media, delgada, como parecían indicar aquellos pies pequeños y estilizados de finos tobillos. Llevaba las uñas pintadas de rojo. La imaginó en su tocador, envuelta en un vaporoso salto de cama, aplicándose el esmalte con esmero mientras un cigarrillo se consumía en el cenicero y una tenue melodía acompañaba sus pausados movimientos. Sintió el ferviente deseo de acariciar aquellos pies, de masajearlos con delicadeza, de besarlos lentamente y succionar cada uno de los dedos con sus labios... imaginó que ella echaba la cabeza hacia atrás y su melena rubia se mecía, ondulante, mientras reía excitada por sus caricias.

Entonces, un platillo de café que cayó al suelo con estrépito y tamborileó de forma enervante hasta detenerse, lo arrancó de súbito de sus ensoñaciones y miró a su alrededor avergonzado, como si temiera que todos lo estuvieran observando y pudieran adivinar sus pensamientos; en aquellos momentos debía tener cara de lelo, con la mirada clavada en aquellos pies, y acaso, ¡no lo quisiera el cielo! con una expresión babeante en su cara.

Apartó la mirada de su objeto de deseo como si temiera que los pies, dotados de inteligencia y vida propia, caprichosos y malévolos, pudieran leer en su mente aquellas alocadas ensoñaciones y, al saberse protagonistas de los ardorosos instintos que habían despertado en él, soltaran una estruendosa carcajada con el único propósito de dejarlo en evidencia ante toda la clientela del café. Sin embargo, lo atraían de un modo irresistible. Volvió la cabeza de nuevo y los buscó con disimulo. Entonces el corazón le dio un vuelco

en el pecho: ¡habían desaparecido! Una terrible desazón se apoderó de Mario. Pero fue sólo un instante; en seguida comprobó, aliviado, que los pies seguían allí; se habían enfundado en sus zapatos rojos y ocultado bajo las patas de la silla. Reaparecieron de nuevo y escaparon otra vez de su encierro como niños traviesos, volviendo a sus inocentes juegos, ajenos a los desvaríos del joven escritor.

El camarero se aproximó a la mesa de la mujer y los pies se recogieron hacia atrás, desnudos, cruzados entre sí como si se protegieran, temerosos, el uno al otro. Cuando el camarero se alejó, se adelantaron otra vez y ocuparon, obedientes, sus respectivas y brillantes celdas ¿Se marchaba? A Mario se le aceleró el pulso; ella se ponía en pie ¡Por fin podría verla! Entonces, un grupo de ruidosos estudiantes que se hallaban en la mesa anterior a la de ella se levantó a su vez, y entre risas y empujones salieron del local envolviendo a la mujer entre ellos, mientras Mario, por más que lo intentaba, no lograba atisbar su rostro, ni siquiera una parte de su cuerpo, sólo sus pies, sus zapatos rojos de altos tacones confundidos entre playeras y toscas botas militares.

Tenía que ver su cara. Cerró precipitadamente el ordenador y dejó unas monedas sobre la mesa para lanzarse tras ella. Cuando alcanzó a la calle, el grupo de jóvenes doblaba la esquina y la mujer había desaparecido. Corrió en una y otra dirección buscando los zapatos rojos, los fascinantes pies, hasta que tuvo que rendirse a la evidencia y se sintió ridículo ¿qué hacía en mitad de la calle persiguiendo unos pies como un poseso?

Se encaminó a su estudio tratando de olvidar el incidente. Pero por más que lo intentó, no pudo concentrarse en su trabajo y le resultó imposible escribir una sola línea coherente en toda la jornada. En su mente, aparecían constantemente aquellos pies, tentándolo, llamándolo, invitándolo a jugar con ellos.

A la mañana siguiente acudió al café como de costumbre, ocupó su lugar de siempre y dirigió la mirada ansiosa al otro extremo del local: la mesa estaba vacía, no había pies algunos jugueteando entre sus patas.

Pasó toda la mañana vigilando la puerta sin abrir el ordenador. Las mesas se ocupaban y desocupaban, pero los anhelados pies no volvieron a aparecer. Y aquella absurda situación se repitió a diario durante toda la semana.

De regreso a su estudio se dejaba llevar por febriles ensoñaciones: a los fascinantes pies, retozones y traviesos, se añadían unas largas y bien torneadas piernas, un vientre firme, unos pechos turgentes y un rostro angelical de seductora sonrisa que no le permitía concentrarse en su novela, apenas comenzada.

Su editora empezó a llamarlo con insistencia para interesarse por la marcha del manuscrito. Mario le mentía diciéndole que todo iba bien, que avanzaba a buen ritmo y pronto podría enviarle algunos capítulos. Pero lo cierto era que no había escrito ni una sola línea desde que aquellos pies se cruzaron en su camino. Estaba obsesionado. Intentaba trabajar y en su mente solo aparecían pies, pies, pies por todas partes: pies huidizos, pies juguetones, pies saltarines, pies voladores, pies, pies, pies... Se veía obligado a salir del

apartamento y lanzarse a la calle en busca de aquellos malditos pies. Tenía que encontrarlos y ver el rostro de aquella mujer; sólo entonces podría recobrar la calma y dedicarse por entero a su novela.

Recorría incansable los cafés de la ciudad, deambulaba por calles y plazas, por parques y museos, por los comercios; se detenía a la salida de los colegios —tal vez aquellos pies pertenecieran a una encantadora y dulce mamá; pero se veía obligado a alejarse cuando sentía sobre sí miradas desconfiadas y reprobadoras. Merodeaba por los supermercados, a la salida de los cines, de los conciertos, de los teatros. Tal era su obsesión que dejó de lavarse, de afeitarse, de comer, sólo al anochecer se tomaba unas copas para lograr sosegar su espíritu y poder conciliar el sueño.

También dejó de responder al teléfono.

Hasta que un día, por fin los encontró. Los descubrió a la salida de un teatro embutidos en sus zapatos de charol rojo; caminaban hacia él como si lo hubieran estado esperando. Mario se lanzó sobre ellos cubriéndolos de besos y caricias. Incapaz de contener su emoción libró al pie izquierdo de su encierro y cayó de espaldas espantado: un descomunal y antiestético juanete deformaba de forma horrorosa el pie soñado, y las uñas lucían un esmalte rosa-chicle descascarillado; aquello, más que un pie humano, semejaba la planta de un ánade. Fue entonces cuando se percató de que la sirena que rugía sobre su cabeza no era la de una ambulancia que cruzaba la avenida sino los alaridos histéricos de la propietaria de aquellos pies horripilantes; al mismo tiempo, una zarpa gigantesca lo aferraba por las solapas de su chaqueta y lo levantaba en vilo. Lo último que vio fue un puño de acero estrellándose contra su rostro.

Por la mañana, en los periódicos de tirada nacional, aparecía en primera plana la secuencia completa protagonizada por el famoso escritor, Mario Valdivia, atacando enajenado a una pobre ciudadana; el puño salvador que la libró de la agresión, y el novelista, semiinconsciente, esposado y conducido a dependencias policiales.

Su editora le rescindió el contrato, el teléfono dejó de sonar, sus fervientes admiradores le retiraron el saludo, y Mario siguió acechando pies por parques y jardines mientras recogía las hojas secas con un rastrillo para depositarlas en un camión municipal, sin recordar siquiera que había sido el protagonista de la más fulgurante y efímera carrera literaria de la que se tuviera noticia.

(Inédito, 2009)

Un perro gigante de peluche

Hoy papá ha vuelto a pegar a mamá. Se ha enfadado porque no le ha gustado la sopa. No sé por qué, yo creo que estaba muy rica. Pero cuando papá la ha probado ha soltado la cuchara de golpe y nos ha salpicado a mamá y a mí. Mamá ha seguido comiendo; a veces, si no le hace caso, papá se calla o se va dando un portazo. Pero hoy no se ha callado ni se ha ido; ha cogido el plato y se lo ha tirado encima. Seguro que mamá se ha quemado, porque la sopa estaba muy caliente. A mí me ha entrado una rabia muy rara, y casi sin darme cuenta, le he gritado a papá que la dejase en paz. Entonces papá se ha puesto muy rojo y me ha cogido del brazo tan fuerte que me ha hecho daño, y cuando mamá se ha metido en medio para defenderme le ha pegado una bofetada que la ha tirado al suelo. «¡Vete a tu habitación!», me ha gritado papá. Yo no sabía qué hacer, no quería dejar sola a mamá, que estaba en el suelo llorando, pero ella me ha mirado como si me pidiera por favor que me fuera, y me he ido. Me he escondido en el armario con mi perro gigante de peluche y me he tapado los oídos. Papá siempre se está enfadando con mamá; dice que es vaga, sucia y tonta. Pero yo sé que mamá no es nada de eso. Mamá trabaja mucho, se levanta todos los días la primera y le prepara el desayuno a papá, después me despierta, desayunamos, me lleva al cole, hace la compra, limpia muy bien toda la casa, hace la comida, me recoge del cole, me ayuda a hacer los deberes, y me baña, y más tarde se baña ella y se pone muy guapa para que papá esté contento cuando llegue de trabajar. A papá le gusta verla siempre muy guapa y que huela muy bien, por eso yo sé que mamá no es vaga ni sucia, como dice papá, y tampoco es tonta; siempre que le pregunto algo sabe la respuesta, y si es muy difícil la buscamos juntos en la enciclopedia. En cambio, cuando le pregunto algo a papá siempre me contesta: «pregúntaselo a tu madre». Así que no sé...

Me gusta más cuando papá no está. Cuando estamos solos mamá y yo lo pasamos muy bien y está contenta; en cambio, cuando está papá llora mucho porque papá se enfada con ella y le grita muy fuerte. Mamá quiere hacerlo todo muy bien para que papá no se enfade, pero se ve que siempre hace algo mal... papá dice que la quiere mucho y que por eso tiene que castigarla, para que aprenda. Pero cuando yo hago una travesura en el cole la «seño» no me pega ni me grita, solo me regaña un poquito y luego sonrío para que yo sepa que ya no está enfadada conmigo.

A veces me quedo dormido en el armario abrazado a mi perro gigante de peluche y sueño que soy grande y defiendo a mamá, y papá se asusta de mí y se va muy lejos y no vuelve nunca más. Pero cuando me despierto sigo siendo pequeño y mamá está llena de moratones, y cuando tenemos que salir de casa se pone maquillaje para disimular, pero igual se le nota un poco y las vecinas la miran raro, como si supieran lo que pasa y les diera mucha pena,

pero no dicen nada. Yo tengo ganas de gritarles que papá ha vuelto a pegar a mamá y que le digan que eso no está bien, pero mamá dice que no se lo tengo que contar a nadie, y yo me callo. Tampoco quiere que les diga nada a los abuelos, dice que no me creerían; cuando vamos a su casa, papá siempre es muy simpático y se porta muy bien con mamá; los abuelos dicen que tuvo mucha suerte al conocerlo.

Los papás de mis amigos no pegan a las mamás. A mí me dan un poco de envidia, pero de la buena. Me gustaría que papá, mamá y yo fuésemos juntos al cine o de excursión, como hacen ellos, y que habláramos y nos riésemos. Pero en casa nunca nos reímos...

He estado mucho rato en el armario abrazado a mi perro gigante de peluche sin poder parar de llorar mientras mamá y papá gritaban en el salón. Ahora ya no se oye nada. A lo mejor papá se ha ido.

Me acerco de puntillas como cuando juego al escondite con mamá, pero ella no me persigue porque está tumbada en el suelo del salón, muy quieta. Se habrá quedado dormida. Papá no está. Mamá tiene sangre en la cabeza. La llamé, pero no se despierta. No me gusta verla así, se le va a manchar el pelo con la sangre. Quiero que se levante y se limpie, y que nos vayamos a la cama y nos durmamos abrazados, y que me diga como otras veces que no me preocupe, que todo se arreglará.

Afuera está oscuro, mamá no se despierta y yo no se qué hacer. Tengo miedo. Me quedo a su lado muy quieto, abrazado a mi perro gigante de peluche. «Mamá...mamá...».

(Publicado en el blog Gatos por los tejados, 2010)

Un mal día

A las ocho de la tarde, como de costumbre, entró en el portal de su casa y tomó el ascensor de forma mecánica; tan habituado estaba a aquellos gestos cotidianos que ni siquiera se percató de que lo hacía. En cambio, mientras subía hasta su piso, le extrañó no escuchar los ladridos de Rocky, su perro. Violeta y él se reían a menudo a cuenta del escándalo que armaba su mascota cuando uno de los dos llegaba a casa; todos los vecinos debían enterarse de sus entradas y salidas, bromeaban. Rocky solía aguardar la llegada del ausente junto a la puerta, meneando el rabo con impaciencia, los ojos vivarachos, la respiración jadeante, la boca entreabierta que parecía sonreír, mientras las orejas, enhiestas, acechaban el menor sonido. Y cuando la puerta se abría saltaba sobre el recién llegado con alborozo, brincando a su alrededor y profiriendo pequeños alaridos de placer, sin haber en sí de puro gozo.

Probablemente no estaban en casa; Violeta se habría entretenido con alguna compra de última hora y el paseo de Rocky se había prolongado más de lo habitual. Lástima, porque lo cierto era que le hubiese gustado salir a dar una vuelta con ellos y sentarse un rato en una de las terrazas del parque para tomar una cerveza. Había tenido un día duro en la oficina y necesitaba despejarse un poco.

La mañana, repleta de reuniones y contratiempos, lo había dejado exhausto. Pero lo peor ocurrió cuando salió a comer algo, hacía el mediodía: mientras cruzaba el paso de cebra junto a otros peatones un conductor temerario se llevó a varios de ellos por delante. Él tuvo suerte: solo recibió un golpe en el costado que ya ni siquiera le dolía y pudo levantarse por su propio pie y ayudar a socorrer a los menos afortunados. Fueron momentos caóticos, había heridos tendidos en el suelo y se oían gritos y llantos por todas partes. Regresó a la oficina en estado de shock, aun así, prosiguió con su trabajo como un autómatas, tenía muchos asuntos que resolver antes de irse a casa. Pero no lograba apartar de su mente la idea de lo caprichoso que era el azar; le pudo haber tocado a él llevarse la peor parte y encontrarse ahora postrado en la cama de un hospital. ¡Qué insignificante era el ser humano ante las veleidades de la fortuna! «¡En fin...!», suspiró ante la puerta de su casa, en tanto giraba la llave en la cerradura, «cosas así te hacen reflexionar y ver la vida de otra manera», se dijo. Pero sería mejor que no se lo contara a Violeta, no había necesidad de alarmarla por algo que, en definitiva, solo había quedado en un gran susto. Entonces se dio cuenta de que al final no había comido nada en todo el día, pero tampoco tenía hambre; lo ocurrido le había dejado mal cuerpo.

Se sorprendió al escuchar la voz de Violeta. Entró en el salón y la vio sentada en el sofá

hecha un mar de lágrimas mientras hablaba por teléfono. Rocky estaba acurrucado a sus pies y tenía un aspecto muy triste. Ninguno de los dos se inmutó ante su llegada. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Todavía no puedo creerlo, mamá-, decía Violeta, llorosa—, acabo de verlo en el Depósito con mis propios ojos y aún espero que aparezca por esa puerta en cualquier momento como todos los días. ¿Rochy? Está tan desconcertado como yo; va y viene por el pasillo, nervioso y cabizbajo, sabe que pasa algo malo, se hace un ovillo a mi lado y gime con tristeza; me rompe el corazón... ¿Cómo explicarle que su amo no vendrá, que ya nunca volverá porque un loco lo mató en un paso de peatones? ¿Por qué tuvo que tocarle a él, mamá, precisamente a él, de entre todos los que cruzaban la calle en ese momento?

(Inédito, 2011)

Perseverancia

Llevaba mucho tiempo dándole vueltas al asunto y siempre acababa dejándolo para mañana, pero de aquel día no pasaba, lo tenía decidido y salió de su casa resuelto.

Se sintió algo ridículo cuando notó que su corazón se aceleraba al divisarla a lo lejos, hierática y resplandeciente, bajo el sol del mediodía. El calor era sofocante, y fue precisamente por ese motivo por el que eligió aquella hora para ajustar cuentas con su vieja enemiga. La calle estaba desierta y no habría testigos.

Se aproximó a ella con prevención, sin quitarle la vista de encima, como si temiera que en cualquier momento pudiera saltar sobre él y atacarle, la muy ladina; porque pese a su apariencia inocente, era traicionera, lo sabía muy bien. Ella, no obstante, se mantuvo impasible y se dejó llevar dócilmente cuando él la aferró con firmeza con ambas manos y la obligó a avanzar muy despacio, caminando a su lado en tanto escudriñaba el entorno con disimulo; no, nadie lo observaba. Con todo, la condujo a un lugar solitario rodeado de espesos árboles, allí tenía la absoluta certeza de que no podrían verlo.

-Me has puesto en ridículo durante años y siempre has ganado la partida-, murmuró con rencor -, pero esta vez será distinto; no me rendiré hasta que consiga doblegarte, aunque sea lo último que haga.

Dicho lo cual, adoptó la posición adecuada, la sujetó con fuerza y trató de mantener el control. Titubeante al principio, a punto estuvo de darse de bruces contra el suelo, la muy pécora no se dejaba dominar; no obstante, poco a poco, fue haciéndose con ella y empezó a tomar confianza, pero tal había sido el esfuerzo que pronto se sintió agotado. Decidió dejarla; por aquel día ya había tenido bastante y se daba por satisfecho.

Caminó de nuevo a su lado hasta el mismo punto donde la había encontrado y se despidió de ella, sudoroso y congestionado por el calor y el esfuerzo, pero contento.

-Volveré mañana- le anunció-, y todos los días, hasta que dejes de oponer resistencia.

Y así lo hizo durante una semana completa, día tras día, a la hora en la que el sol más inclemente arrancaba humeantes vaharadas del asfalto y todos sus vecinos se hallaban refugiados en sus casas. De ese modo, se aseguraba la impunidad.

Siempre llegaba hasta ella con nerviosismo, la llevaba a su desértico rincón y volvía a empezar. En ocasiones sentía que la había vencido, que ya no se rebelaba, pero otras veces le parecía haber dado marcha atrás y lo embargaba el desaliento. Pese a ello, cada día se aventuraba un poco más, se atrevía a llegar más lejos, hasta que, envalentonado, dejó de

importarle que lo vieran y se sintió con fuerzas suficientes como para llevarla hasta su casa.

Alcanzó su portal sin contratiempos y la contempló con petulancia mientras sonreía henchido de gozo. ¡Por fin podía decir que había logrado vencerla! Durante años soñó con ella, la deseó con avidez, pero las circunstancias le impidieron poseerla. Y cuando se presentó la oportunidad, ya fuera por vergüenza o porque había asumido que nunca la podría domeñar, la dejó escapar y casi llegó a olvidarla. Sin embargo, aquella espinita se le quedó clavada y tenía que arrancársela.

Habían tenido que pasar sesenta años para que pudiera aprender a montar en bicicleta.

(Presentado en el programa radiofónico Calaix de Llibres, 2011)

Un aroma familiar, antiguo

«La noche será fría», se dijo Manuel, mientras se dirigía al rincón del parque que, con apenas unos cartones, había convertido en su hogar. Casi sin darse cuenta, se detuvo ante un puesto de castañas; el chisporroteo del fuego y el olor del fruto seco asándose lentamente, lo trasladaron a su infancia, a su pueblo, al repicar de campanas en la noche de difuntos y a las veladas en familia, en torno a una mesa bien provista de boniatos, castañas, panellots y moscatel, el dulce néctar con el que apenas le dejaban mojarse los labios.

¿Qué había ocurrido desde entonces? ¿En qué momento perdió el rumbo? Ni siquiera era capaz de recordarlo con precisión. El ansia de libertad, de transgredir las normas y vivir intensamente lo llevaron a una existencia descontrolada y vacía en la que solo importaba el presente. El mañana era un concepto lejano. La calle, hizo el resto.

—Tenga, buen hombre.

Volvió al presente. La castañera le tendía un cucurucho humeante. Lo tomó con prontitud y musitó un tímido «gracias». Prosiguió su camino con aquel pequeño tesoro que calentaba sus manos, sintiendo el aroma familiar, antiguo, penetrando en su nariz, reconfortando su alma. Sonrió, hacía mucho tiempo que no sonreía.

(Publicado en el blog Gatos por los tejados, 2011)